

guida sobre los escrúpulos del emperador, le pidió en cambio su apoyo para con un colegio electoral cualquiera á fin de poder formar parte de los miembros de la segunda cámara. Mr. de Lafayette consintió en todo porque en aquellos momentos se hallaba predispuesto á acceder á todo lo que le pidiesen. También le suplicaron otro servicio que su patriotismo no podía titubear en llevar á cabo y lo ejecutó con el mayor celo. Mister Crawford, ministro de los Estados Unidos en París, con el que tenía relaciones amistosas, regresaba á América para desempeñar el cargo de ministro de la Guerra, debiendo pasar por Inglaterra donde tenía muchos amigos y gozaba de mucho crédito. Mr. de Lafayette logró que se encargase de llevar cartas destinadas á los principales personajes de la Gran Bretaña, y escritas todas en favor de la paz. Madama de Stael, que por su continua oposición al imperio era poca sospechosa de parcialidad hacia Napoleón, y que por su talento, por su brillante reputación, podía ejercer alguna influencia sobre los ministros británicos, les dirigió cartas apremiantes aconsejándoles que se separasen de la coalición. Napoleón no era ya en su concepto un déspota aislado en la nación, sino un monarca liberal apoyado por la Francia. El pueblo y el ejército le rodeaban, le eran adictos; la lucha, sería, pues, terrible, y en interés de la humanidad y de la libertad, valía más aceptar á Napoleón corregido, ligado por fuertes instituciones y francamente convertido en favor de la paz, si no lo estaba en el de la libertad, que derramar torrentes de sangre para destronarle sin certidumbre de conseguirlo. Acogido, escuchado, creído, obligado, daría la paz y la libertad que prometía. Rechazado, combatido, vencedor, no aceptaría el tratado de París, y acaso tampoco las consecuencias del Acta adicional. Los intereses de la Europa, de la humanidad, de la libertad estaban, pues, de acuerdo, y prescribían una política pacífica. Las razones expuestas por madama de Stael eran, como se ve, tan especiosas como ingeniosas y patrióticamente presentadas.

Mientras que el partido constitucional recompensaba los sacrificios de Napoleón con un apoyo entusiasta, tenía lugar en las provincias un hecho de harta importancia, sobre todo en interés de la resistencia al extranjero, interés que conmovía á Napoleón más que ningún otro. Por más que después del prolongado silencio del primer imperio se aficionasen con ardor á la política y á la controversia, en ciertas provincias amenazadas por el enemigo la presencia del peligro acallaba el espíritu de patriotismo. En Champaña, en Borgoña, en Lorena, en Alsacia, en el Franco-Condado y en el Delfinado, las poblaciones se prestaban con el celo más laudable del mundo á las medidas de defensa. Los antiguos militares volvían á las filas y los hombres designados para formar parte de la milicia nacional movilizada respondían con entusiasmo al llamamiento de los jefes encargados de su organización. Mientras que este excelente espíritu se manifestaba en las provincias del Este, se notaba otro semejante y no menos honroso, aunque inspirado por otros motivos, en las provincias del Oeste. Nuestros lectores habrán visto, por el relato de lo que acontecía en Angers, en Nantes, en Mans, en Rennes, durante los once meses de la primera restauración, que la clase media de las ciudades había sido á la vez herida y alarmada con la actitud de la nobleza y de los

campesinos, y de su audacia para volver á tomar las armas en plena paz. Desde el 20 de marzo, la ventaja de la posesión del poder había recaído en favor de esta clase media, y había recibido este cambio con júbilo más bien por interés de su seguridad que por el de su ambición. Pero los movimientos de los jefes vandeños, sus relaciones casi públicas con la Inglaterra, el anuncio y hasta la aparición en las costas de navíos ingleses cargados de armas, por último algunas violencias ejercidas en los campos, habían excitado una agitación extraordinaria en Nantes, en Vannes, en Quimper, en Mans, en Angers, etc. La población de Nantes sobre todo, anteriormente tan desgraciada á causa de los ataques de los vandeños por un lado y los furores de Carrier por el otro, veía acercarse con espanto la renovación de la guerra civil. Los ánimos fermentaban, y al saber el asesinato cometido en la persona de un anciano, los honrados habitantes de Nantes se conmovieron, y concibieron el pensamiento de formar con los cinco departamentos de la Bretaña un pacto de alianza por el cual prometían prestarse mutuamente cuantos socorros necesitasen en caso de peligro exterior ó interior, y de titular este pacto *Confederación bretona* á imitación de la confederación de 1790. Apenas fué indicada esta idea tan oportuna en aquellas circunstancias, fué aceptada con entusiasmo y muchos centenares de nanteses se dirigieron á Rennes, donde la misma idea había germinado y donde eran esperados con impaciencia. Allí fueron recibidos con verdadero júbilo, festejados, alojados en las casas de los habitantes más principales, y se confió á algunas personas de juicio sentado el cuidado de redactar el pacto que debía confederar á los ciudadanos de la Bretaña contra el enemigo interior y exterior. Nada más puro que la intención que animaba á los bravos bretones, ni más contrario á todo espíritu de facción. No pretendían ni dominar al poder ni oprimir á las clases elevadas de la nación, sino defenderse contra los incendios y los asesinatos de la antigua chuanería y contra los desembarques de los ingleses. De todos modos, la disposición dominante en estas reuniones era sumamente liberal. Convinieron en redactar un preámbulo exponiendo los motivos de la asociación, añadiéndole algunos artículos reglamentarios que precisasen los compromisos y las obligaciones que mutuamente contraían.

Desde luego se estipuló que los confederados no formasen un cuerpo separado de los demás ciudadanos, con uniforme, armas y jefes, y obrando por su propia cuenta, sino que aceptarían la organización existente y legal de la milicia nacional; que hallándose generalizada en todo el imperio esta organización, podrían siempre formar parte de ella del modo más conveniente, para ser utilizados en dondequiera que apareciesen peligros que conjurar; que sus obligaciones consistirían en ponerse á la disposición de las autoridades públicas, acudir á su primer llamamiento, bien á los batallones movilizados ó bien á los fijos, y cuando el cuadro legal de la milicia nacional faltase, á dirigirse individualmente á los puntos donde los llamasen los alcaldes, los subprefectos, los prefectos, para prestarles auxilio siempre que lo necesitasen para sofocar cualquier ataque contra el orden público. Por último, se obligaban á desempeñar otro género de servicio, enteramente moral, que consis-

tía en disipar tanto cuanto les fuese posible las falsas ideas con que se procuraba engañar á los sencillos campesinos, en predicar con su ejemplo y su palabra el cumplimiento de los deberes cívicos, estando en una palabra á las órdenes del gobierno imperial para la defensa interior y exterior del país.

A pesar de los inconvenientes que lleva consigo toda asociación política, ésta, inspirada por un vivo sentimiento de los peligros públicos, exenta de miras particulares y reduciéndose exclusivamente á desempeñar el papel de auxiliar del poder, daba menos ocasión que ninguna otra á la crítica y hasta podía dispensar al país eminentes servicios.

Se redactó, pues, el preámbulo y el acta, y se pusieron de acuerdo con el prefecto para someter una y otra á su aprobación. Como se ha visto, el gobierno no tuvo la menor parte en este movimiento completamente espontáneo y provocado sólo por las inquietudes de la clase más independiente y la más honrada de la población bretona. Por más que Napoleón hubiese sido durante mucho tiempo popular en las provincias del Oeste, sin embargo, sus últimas guerras de 1812 y de 1813 le habían impopularizado muchísimo. Era considerado como un verdadero peligro, y si aplaudían su vuelta porque ponía fin á la emigración, era bajo la condición de supeditarle por medio de vigorosas leyes. Pensando de este modo, y no queriendo dar á su confederación un carácter bonapartista, los confederados se abstuvieron de hablar del emperador. Pero algunas personas ilustradas hicieron ver que semejante asociación podría ser perjudicial si se formaba sin la anuencia del gobierno, que no prestaría verdaderos servicios sino uniéndose á él, que por otra parte sin esta condición no sería autorizada; y entonces se corrigió el preámbulo y correspondió á las intenciones de los buenos ciudadanos que se hallaban dispuestos á secundar á Napoleón con todas sus fuerzas, pero bajo la condición de que les otorgase una libertad real y prudente.

La mayor parte de las ciudades de la Bretaña enviaron diputaciones á Rennes, y muchos días se pasaron entre fiestas, regocijos y promesas de recíproca adhesión. En poco tiempo se reunieron más de veinte mil confederados en los departamentos del Loira-Inferior, del Morbihán, del Finisterre, de las costas del Norte, de Ille-y-Vilaine, que componían la antigua Bretaña. Esta conducta de los bretones llamó profundamente la atención en los departamentos vecinos, y de unos á otros fué extendiéndose esta impresión por toda la Francia. Los angevinos, amenazados por los mismos peligros que los bretones, se reunieron para seguir su ejemplo. La Borgoña, animada por otro odio que el de los chuanes, el odio que sentía hacia los rusos, los austriacos y los prusianos, envió diputados á Dijón para firmar su acta de confederación, y adoptó pura y simplemente el texto de la confederación bretona. La Lorena, el Franco-Condado, el Lyonés, el Delfinado, se mostraron dispuestos á obrar del mismo modo; y en medio de este movimiento peculiar de las provincias amenazadas por la guerra civil ó la guerra internacional, no era posible que la gran ciudad de París permaneciese indiferente y pasiva. Pero en París había muchos París, y mientras que las clases nobles echaban de menos á los Borbones, las clases medias echaban de me-

nos la paz; el pueblo de los arrabales, animado por un odio brutal contra lo que se llamaba los nobles y los curas y por un odio patriótico contra lo que se llamaba el extranjero, había sentido la falta de fusiles en 1814 para defender las murallas de la capital.

Entre ellos había hombres comprometidos en los desórdenes de 1793, jóvenes sinceramente patriotas, bizarros militares retirados del servicio, y tanto los unos como los otros excitaron á los habitantes de los arrabales para que imitasen á los bretones y á los borgoñones. El movimiento comenzado en los arrabales Saint-Martin y Saint-Antoine, no tardó en propagarse á los demás. Adoptaron el acta de los bretones; pero los parisienses quisieron redactar un preámbulo particular, como lo habían hecho en otros puntos, porque aunque adoptando exactamente la parte dispositiva formulada en Bretaña, cada cual quería motivarla á su manera y según los sentimientos especiales de su provincia. Los confederados de París se dirigieron á Napoleón y le pidieron que los recibiese, los pasase revista y los autorizase á leer un mensaje.

Estas diversas confederaciones se formaron en los últimos días de abril y en los primeros de mayo. El Acta adicional, publicada en este intervalo, causó algún descontento, pero su efecto, dulcificado por el decreto de la convocación de las cámaras, no detuvo el entusiasmo que animaba á las provincias amenazadas por la guerra civil ó la guerra internacional, y continuaron confederándose. El gobierno, lo repetimos, no tomó ninguna parte, ni en la concepción, ni en la propagación de las confederaciones provinciales. Los hombres que le componían profesaban respecto de ellas sentimientos muy diversos. Los que querían libertarse á toda costa del extranjero y de la contrarrevolución operada por el extranjero, debían aceptar con júbilo el concurso espontáneo de la parte vital de las poblaciones; los que, por el contrario, deploraban los sacrificios que Napoleón había hecho á las tendencias liberales, veían ó simulaban ver en todas partes al partido revolucionario pronto á devorar al poder, y manifestaban una especie de horror hacia las confederaciones. Consideraban este movimiento, sobre todo en París, donde le tenían más próximo, como una abominación y un grave peligro. Napoleón parecía estimularle ó decidido al menos á sufrirlo; ellos, por su parte, estaban resueltos á no reconocer en él más que un instrumento desgraciado y deshonroso de los jacobinos.

Napoleón se sonreía de estos temores, dejaba hablar todo lo que querían acerca de este particular y estaba satisfecho del movimiento que se operaba en Francia. Partidario del orden por gusto, por razón, por interés, no sentía ninguna inclinación hacia los que se llamaban los jacobinos; pero los juzgaba y no le inspiraban el miedo que ciertas personas experimentaban al pensar en ellos, y por entonces se llenaba de júbilo al ver levantarse para defender al país vigorosos brazos, que en Bretaña contendrían á los chuanes, y en París disputarían la entrada de la capital á los ingleses, á los prusianos y á los rusos. Por más que al restablecerse la paz se suscitasen apuros y compromisos, no se cuidaba apenas de lo que podría suceder cuando el enemigo hubiese sido expulsado del territorio, y estaba seguro de contar entonces, para sofocar los desórdenes popu-

lares, no sólo con el ejército, sino con las cámaras, que podían ser más liberales que él, pero que nunca llegarían hasta el punto de favorecer las empresas de la demagogia.

Así, pues, no titubeó en consentir, y, lo que es más, en secundar á las confederaciones; porque, como hemos dicho, le parecían de mucha utilidad para sostener el espíritu público contra los realistas en Lyon, en Marsella, en Burdeos, en Rennes, etc., y utilísimas en París para contribuir á la defensa de la capital. Este último punto era á sus ojos el de más importancia. Su proyecto, como saben nuestros lectores, era rodear á París con sólidas fortificaciones de tierra, ya que no tenía tiempo para construir las de fábrica, colocar en ellas doscientos cañones de la marina servidos por marinos, otros doscientos cañones de montaña servidos por los jóvenes de las escuelas, y pensaba que si á quince ó diez y ocho mil hombres de los depósitos podía reunir veinticinco mil más de los arrabales, gentes robustas y antiguos militares en su mayor parte, París defendido por cuarenta mil hombres de infantería y diez mil artilleros sería indomable, pudiendo entonces, con sólo maniobrar libremente en el exterior con el ejército activo, poner fin á todas las coaliciones.

La milicia nacional no entraba para nada en este cálculo, no porque dudase de su valor, sino porque sospechaba siempre de sus disposiciones, y veía con su acostumbrada inteligencia que, aunque afiliada á él por necesidad, echaba de menos en el fondo de su corazón la paz y la libertad bajo el reinado de los Borbones. Estaba decidido á no dejarla ni siquiera armas, y se reservaba, respecto de este particular, el derecho de tomar una resolución en los últimos momentos.

En cuanto á los confederados, se hallaba resuelto á constituirlos regularmente, á poner á su cabeza oficiales seguros, á incorporarlos á la milicia nacional con un título cualquiera, lo que permitiría utilizarlos en la hora del peligro, dándoles en caso de necesidad los fusiles de esta misma milicia. Por entonces acordó suspender su armamento, primero para tener bastante tiempo de conocerlos y organizarlos, y después porque no contaba con un material tan rico que pudiese prodigar los fusiles (1).

(1) Pocos asuntos hay sobre los que se haya divagado tanto como sobre el relativo á la formación de los confederados de 1815, y á las disposiciones de Napoleón con referencia á ellos. Los unos acusan á Napoleón de haberlos excitado para utilizarlos contra los realistas; los otros pretenden que les tuvo miedo, y que por esto no quiso nunca armarlos privándose del auxilio leal y poderoso de los patriotas. Estas dos aserciones son igualmente falsas. Napoleón fué ajeno en todo á la formación de los confederados, la que no tuvo más origen que las inquietudes que inspiraban los llamados en el Oeste *azules*. Una vez creados sin su anuencia, Napoleón no se disgustó de su creación, por más que no se ocultase á su vista el partido que por esto podían sacar más tarde contra él los liberales exagerados. Pero entonces se cuidaba muy poco de la opinión de los que le apoyaban para combatir al extranjero, y lo que más que nada quería era brazos. Su pasión dominante, la única, era vencer una vez más á la Europa. Lo demás no tenía ningún valor á sus ojos. Conseguir veinticinco mil buenos soldados para la custodia de París era lo que más apreciaba de la institución de los confederados. La falta de fusiles fué lo que le impidió armar instantáneamente á los confederados de París, y tenía tan poco poner las armas en sus manos, que su proyecto bien decidido y probado por su correspondencia era, si París se encontraba en peligro, dar los fusiles de la milicia nacional fija á la milicia na-

Confirió al bizarro general Darricau la misión de organizarlos con el título de *tiradores* agregados á la milicia nacional de París, y encargados en este concepto de la defensa exterior de la capital. Además accedió á revisarlos un domingo y á escuchar el mensaje que deseaban leerle, escogiendo el mismo día para pasar revista al 10 de línea, famoso y único regimiento del ejército que había combatido en favor de los Borbones. Este regimiento no se hallaba inspirado ni más ni menos que los 7, 58 y 83 de infantería que con tanto entusiasmo se habían entregado á Napoleón en el Delfinado; pero las circunstancias particulares en que el 10 se había encontrado le habían retenido algunos días más al servicio de los Borbones. En el ejército estaba señalado con mala nota, y le imputaban haber hecho en el puente del Drome una traición de la que era inocente, y que hemos procurado presentar en nuestro relato con sus verdaderos colores. Napoleón le mandó venir á París para verle y hablarle al corazón.

El domingo 14 de mayo fué el día designado para la revista del 10 y de los confederados, hallándose la corte sumamente alarmada por esta doble temeridad. Los que deploraban las complacencias de Napoleón para con el partido revolucionario estaban escandalizados y decían á sus espaldas que se entregaba á la *canalla*, y que no pasaría mucho tiempo sin que llegase el día en que no les fuera posible vivir á su lado. Los que por el contrario eran enteramente adictos á Napoleón, no buscaban ningún falso pretexto para alejarse, estaban espantados de verle en presencia del 10, en las filas del cual se había preparado, según decían, un proyecto de asesinato. Estos últimos, sinceramente alarmados por Napoleón, le rodeaban en este día hasta el punto de hacerse importunos.

Napoleón, sin inquietarse con las falsas lamentaciones de los unos, con los temores exagerados de los otros, descendió del palacio, fué al patio de las Tullerías y comenzó pasando revista á los confederados. Formaban muchos miles sin uniforme, algunos mal vestidos, pero en su mayor parte eran viejos soldados, y llevaban pintada en sus semblantes atezados la enérgica expresión de sus sentimientos. Muchas veces dirigiéndose á los que le rodeaban y burlándose de los escrúpulos de algunos, dijo sonriéndose: «He aquí los hombres que yo necesito para hacerse matar al pie de las murallas de París.» Después escuchó con paciencia el discurso que el orador de los confederados tenía el encargo de dirigirle, y que este orador leyó del mejor modo que pudo. «Señor, dijo, hemos recibido á los Borbones con frialdad porque habían llegado á ser extranjeros en Francia, y no queremos los reyes que nos impone el enemigo. Os hemos acogido con entusiasmo, porque sois el hombre de la nación, el defensor de la patria, y porque esperamos de vos una gloriosa independencia y una juiciosa libertad. Vos nos aseguraréis estos dos preciosos bienes, consagraréis para siempre los derechos del pueblo, reinaréis con la constitución y las leyes. Nosotros venimos á ofrecer nuestros brazos, nuestro valor y nuestra sangre para la defensa de la capital.

»La mayor parte de entre nosotros han hecho á vuestro servicio una encarga de la defensa exterior de la ciudad. Esto era un pretexto para hacer llegar las armas de las manos de los unos á las de los otros sin ofender á nadie. (N. del A.)

tras órdenes las guerras de la libertad y la gloria; nosotros somos casi todos antiguos defensores de la patria; la patria debe entregar confiadamente las armas á los que han vertido su sangre por ella. Dadnos, señor, fusiles; nosotros juramos no combatir más que por su causa y la vuestra. No somos instrumentos de ningún partido, ni agentes de ninguna facción. Hemos escuchado el llamamiento de la patria y acudimos á la voz de nuestro soberano; esto es decir bastante que la nación debe confiar en nosotros. Ciudadanos, obedeceremos á nuestros magistrados y á las leyes; soldados, obedeceremos á nuestros jefes. No queremos otra cosa que conservar el honor nacional y hacer imposible la entrada del enemigo en esta capital si llegase á verse amenazada de sufrir una nueva afrenta, etc...»

El emperador respondió en los siguientes términos: «Soldados confederados: yo he vuelto solo, porque contaba con los habitantes de las ciudades y de los campos y con los soldados del ejército, cuya adhesión al honor nacional conocía. Vosotros habéis justificado mi confianza. Acepto vuestro ofrecimiento y os daré armas. Os daré para que os guíen oficiales cubiertos de honrosas cicatrices y acostumbrados á ver al enemigo huir delante de ellos. Vuestros brazos robustos y acostumbrados á penosos trabajos son más á propósito que ningunos otros para el manejo de las armas.

»En cuanto á vuestro valor, ¡sois franceses! Formaréis la vanguardia de la milicia nacional, y no me inspirará ningún temor la capital cuando la milicia y vosotros os encargéis de su defensa; si es verdad que los extranjeros persisten en el impío proyecto de atentar á nuestra independencia y á nuestro honor, podré aprovechar la victoria sin verme detenido por ninguna solicitud. Soldados confederados: estoy muy contento de veros reunidos y confío en vosotros. ¡Viva la nación!» Después de esta alocución, desfilaron los confederados, y si se juzga á los hombres por su traje, debía entonces el público afectarse en extremo, sobre todo al ver al emperador en otro tiempo tan potente, tan orgulloso y rodeado de tan brillantes tropas, obligado á reunir á defensores sin uniforme y sin fusiles!

Estos soldados eran ciertamente tan buenos como cualesquiera otros y hacía bien en aceptarlos; pero ¿qué decir de la política que le había conducido á semejante extremo?

Después de pasar revista á los confederados, Napoleón se dirigió hacia el 10 de línea, le hizo formar en cuadro y se apeó del caballo para colocarse en medio de él. Una porción de oficiales inquietos se agrupaban en torno suyo; los mandó alejarse, no conservó cerca de sí más que dos ó tres ayudantes de campo, y con vibrante voz habló al regimiento del duque de Angulema en los siguientes enérgicos términos:

«Soldados del 10: vosotros sois los únicos de todo el ejército que habéis osado disparar vuestros fusiles sobre la bandera tricolor, sobre la bandera sagrada de nuestras victorias, que hemos llevado á todas las capitales. Debería por este crimen borrar vuestro número de los números del ejército y haceros salir para siempre de sus filas; pero quiero creer que vuestros jefes os han arrastrado, y que ellos, no vosotros, son culpables de vuestra indigna conducta. Yo cambiaré estos jefes, os daré otros mejores, y después os enviaré á la vanguardia. No se

disparará un solo tiro en ninguna parte en donde no os halléis vosotros, y cuando á fuerza de adhesión y de valor hayáis lavado vuestra vergüenza con vuestra sangre, os devolveré vuestras banderas, y espero que de aquí á poco tiempo volveréis á ser dignos de llevarlas.»

Estos soldados, á quienes Napoleón había tan poco lisonjeado, lanzaron violentos gritos de *¡Viva el emperador!*, y elevando las manos hacia él decían que la culpa no había sido de ellos, sino de sus oficiales, á los que habían seguido contra su voluntad; que apenas libres habían manifestado sus verdaderos sentimientos, y que se vería en dondequiera que los colocasen que valían tanto como los demás soldados del ejército. Lejos, pues, de recibir ningún balazo, Napoleón no recibió más que aclamaciones entusiastas y demostraciones de adhesión. No es con efecto adulando á los hombres, sino hablándoles enérgicamente, como se logra dominarlos y realizar con ellos los más grandes pensamientos.

En aquellos momentos no obraba Napoleón de otra manera respecto del espíritu del público, y para sacar de él el partido conveniente adoptó el medio de confesarle la verdad por completo. Mientras que en otro tiempo lo había ocultado todo, entonces no ocultaba nada: consentía en publicar los artículos de los periódicos extranjeros en los que le atacaban violentamente y en los que al paso se demostraba hacia la Francia un odio insensato.

La Francia podía ver claramente que la expulsión de los Borbones y el restablecimiento de Napoleón otorgándole algunas garantías más desde el punto de vista de los principios sociales de 1789, pero de dudas desde el de la libertad, iban á costarla una cruel efusión de sangre. Sin embargo, debía sostener lo que había hecho ó dejado de hacer, y los buenos ciudadanos, que hubieran querido ver detenido á Napoleón entre Cannas y París, porque creían con los Borbones más fácil la fundación de la libertad y más cierta la paz, entonces que Napoleón había vuelto con intenciones evidentemente más sabias, pensaban que era preciso prestarle todo el apoyo posible á fin de ahorrarse el peligro y la vergüenza de una contrarrevolución operada por las bayonetas extranjeras. Todos los días se recibían mensajes de las municipalidades, de los tribunales, de los colegios electorales, expresando el deseo de alcanzar con Napoleón libertad en el interior é independencia en el exterior, lo que llevaba consigo la obligación de contenerle y de sostenerle. Este doble sentimiento se manifestaba en todas partes, en términos más ó menos convenientes, según que estos mensajes partían de localidades más ó menos ilustradas, pero era universal. Napoleón animaba á los colegios electorales, en los que se preparaban en medio del desencadenamiento de la prensa realista y revolucionaria elecciones faltas del carácter á la vez bonapartista y liberal del momento. La libertad de escribir era completa; sin embargo, al paso que se permitía la impresión de todo, Mr. Fouché recogió un número del *Censeur*, periódico célebre de aquella época, publicado en volúmenes, como hemos dicho, para evadirse de la censura durante la primera restauración, é impregnado del honrado liberalismo de la juventud. Napoleón, advertido por las reclamaciones á que este acto dió lugar, se apresuró á ordenar la restitución del volumen, por más que estuviese lleno de los más vivos

ataques contra su persona. Parecía, pues, sincero en su resolución de respetar la libertad de escribir, y la tolerancia que demostraba, lejos de perjudicarle, le servía, porque cuanto más dueño de sí mismo era el país, más francamente expresaba los dos sentimientos que abrigaba, el deseo de alcanzar una sólida libertad, y la resolución de hacer respetar al extranjero la independencia nacional.

Para excitar el espíritu público, dejó formar en un café, llamado café Montansier, plaza del Palacio Real, una especie de club, donde se reunían muchos oficiales y antiguos revolucionarios, y donde se escuchaban cantos patrióticos y militares ó declamaciones virulentas contra el extranjero, los Borbones, la emigración, etc. La animosidad que había contra todo lo que llevaba estos nombres era inmensa, tanto en los arrabales de París como en las provincias del Este y del Oeste, amenazadas las unas por la guerra internacional, las otras por la guerra civil; y á pesar de la desaprobación manifestada contra el Acta adicional, no parecía que faltarían recursos á Napoleón, si defendiendo el territorio y fundando la libertad cumplía fielmente las dos condiciones de su nuevo papel.

En tanto que se hacían los mayores esfuerzos en Francia para que la guerra fuese nacional, se temía en Europa que llegase á serlo y comenzaban á suscitarse formales reflexiones respecto de la conducta que debería observarse. Se continuaba rechazando á los mensajeros de Napoleón y no hacía mucho que habían detenido á un emisario de París. Con efecto, después de la aprehensión en Stuttgart de Mr. de Flahault, encargado de anunciar en Viena el restablecimiento del imperio, el gabinete francés imaginó enviar un nuevo mensajero bastante bien escogido para la misión que se le confiaba: tal era Mr. de Stassart, belga de nación, agregado al servicio de María Luisa, convertido después del regreso á Austria de esta princesa en uno de los chambelanes del emperador Francisco, que se hallaba de paso en París, adonde le habían traído sus negocios particulares. Este personaje, que volvía á su corte, tenía más probabilidades que ningún otro de poder traspasar la frontera. Le confiaron dos cartas, una del duque de Vicence para Mr. de Metternich, y otra de Napoleón para el emperador Francisco. Ya no era cuestión de paz ó de guerra, de política, en una palabra, sino de los derechos de un esposo sobre su esposa, de un padre sobre su hijo, y Napoleón dirigiéndose á su padre político le pedía su esposa, ó al menos su hijo, que no podía negarle por ningún concepto legítimo. El duque de Vicence añadía algunas reflexiones sobre la extraña interdicción de todo género de relaciones diplomáticas en la que se perseveraba con tanta obstinación, y recordaba al paso la oferta tan frecuentemente reiterada de sostener la paz bajo las condiciones del tratado de París. Mr. de Stassart, más dichoso que los correos de gabinete detenidos en Kehl y en Maguncia, más dichoso que Mr. de Flahault detenido en Stuttgart, llegó hasta Lintz en los últimos días de abril; pero siendo á su vez detenido en este punto, con el pretexto de una irregularidad en su pasaporte, se vió en la necesidad de entregar sus despachos, que fueron enviados á Viena y depositados como los demás en la mesa del congreso. La lectura de las cartas interceptadas no había apenas conmovido á

los miembros del congreso, y nada les dió á conocer que no lo supiesen perfectamente. Sin embargo, ni los unos ni los otros se hallaban animados por las mismas disposiciones que cuando firmaron el 13 de marzo la famosa declaración contra Napoleón, y el juicio que tanto en Francia como en Inglaterra se había formado contra esta declaración no había dejado de alterar en cierto modo sus ideas; así es que pensaron en publicar una segunda declaración, no más pacífica que la primera, pero menos ruda en su forma y mejor motivada. Querían de esta manera responder á la oposición inglesa que decía en voz alta que se hacía la guerra únicamente por los Borbones, y al mismo tiempo tranquilizar los ánimos en Francia con el fin de impedir que la guerra fuese nacional. Este último motivo era el más importante, porque aunque las gacetas inglesas y alemanas se esmerasen en presentar á Napoleón solamente apoyado por el ejército, el público europeo comenzaba á ver que estaban enlazados con su persona numerosos intereses, si no convicciones sinceras, especialmente los de todos los hombres indignados contra la pretensión que abrigaba la Europa de imponernos un gobierno.

Por todas estas razones se trató en el congreso de encontrar una fórmula que satisficiera las distintas conveniencias de la situación, pero apenas consiguieron sus miembros los deseos que abrigaban. Buscaron términos admisibles para decir que sin querer ingerirse en el gobierno de la Francia, sin querer imponerla ni la persona de un monarca, ni un sistema particular de exclusión de un solo hombre en interés del reposo de todos, porque una larga experiencia había demostrado que el reposo de todos no era compatible con este hombre. Aunque excluir á un soberano cuando no había más que dos posibles, fuese por decirlo así imponer la elección del otro, los escritores del congreso lograron, sin embargo, expresar estas ideas de una manera bastante conciliadora con el derecho de gentes, y hasta para desvirtuar en cierto modo la objeción principal del parlamento británico hicieron omisión de los Borbones; pero esta omisión suscitó las reclamaciones de las dos cortes de España y de Sicilia. La legación británica notó que no nombrar á los Borbones era olvidarlos demasiado, y acaso dar lugar á pretensiones peligrosas. Lord Clancarty, miembro principal de esta legación después de la partida de lord Castlereagh y de lord Wellington, apoyó á las cortes de Madrid y de Palermo, que preguntaban: ¿á cuál de los soberanos aliados destinaban el trono de la Francia si no contaban con Luis XVIII? ¿Pensaban en la regencia de María Luisa, en la monarquía del duque de Orleans ó en la república? En la imposibilidad de explicarse claramente sobre estos diversos puntos, los miembros del congreso se separaron sin adoptar ningún texto de declaración, porque si notaban que era una falta sensible la del nombre de los Borbones en el texto, veían también que su inserción provocaría objeciones extremadamente comprometedoras.

Dos cortes sobre todo se oponían á una profesión de fe demasiado explícita en favor de los Borbones, la de Rusia y la de Austria, una y otra por motivos enteramente distintos. Alejandro continuaba implacable contra Napoleón, tanto porque le disgustaba el ridículo que el tratado del 11 de abril había hecho recaer sobre su persona, como porque no quería ver en el sitio pre-

ferente de la escena del mundo á un personaje que en cuanto aparecía dejaba en segundo término á los demás. Pero si estaba más animado que nunca contra la persona de Napoleón, no opinaba que se le diese por sucesor á Luis XVIII. Aparte de sus resentimientos personales con Luis XVIII, consideraba el restablecimiento de los Borbones como una obra que no sería más durable la segunda vez de lo que lo había sido la primera.

El Austria, concluyendo sus argumentos sobre poco más ó menos del mismo modo, pensaba diferentemente. Excluía no menos formalmente á Napoleón, no deseaba la regencia de María Luisa, y excluyendo á los Bonaparte, prefería cualquier otro á los Borbones. Con efecto, ni en Francia ni en Europa había un realista más puro que el emperador Francisco; pero el medio de destronar á los Bonaparte era la guerra, y el Austria la rechazaba, no por debilidad, lo que no es ordinariamente su flaco, sino por prudencia. No hacía mucho que había salido de una lucha violenta y había conseguido en ella un triunfo que no había coronado sus empresas desde hacía un siglo: había recuperado su antigua parte de la Polonia con la frontera del Inn, con la Iliria y con la Italia hasta el Po y el Tesino. El mayor triunfo imaginable en la futura guerra no podría conseguirla estas ventajas, y acrecería, si eran vencedores, las pretensiones de las dos cortes del Norte siempre unidas, la Rusia y la Prusia. Por todos estos motivos no se inclinaba apenas en favor de la guerra. Además las noticias que recibía de Francia estaban de acuerdo en presentar á Napoleón como seguro del apoyo del partido revolucionario y liberal, y como pudiendo disponer por este motivo de grandes fuerzas nacionales. Una sola combinación podía privarle de este apoyo, tal era la de satisfacer á los revolucionarios y á los liberales, separándolos por este medio de Napoleón á quien temían y del que desconfiaban siempre mucho.

Suscitar á Napoleón graves obstáculos interiores era, pues, una política que el Austria deseaba emplear, y sin excluir absolutamente á los Borbones exigía que no se ligasen irrevocablemente con ellos. Partiendo de este principio, Mr. de Metternich, muy bien informado de lo que acontecía en París, pensó en el duque de Otranto, y le juzgó el más á propósito para realizar sus fines. Lisonjear la vanidad y la ambición de este hombre le pareció un medio seguro de introducir la confusión en los asuntos de la Francia, é imaginó enviar un agente secreto para que preguntase á Mr. Fouché un medio de resolver sin acudir á una terrible guerra la cuestión que en aquellos momentos dividía á la Francia y á la Europa. Mr. de Metternich eligió para desempeñar este papel á un personaje prudente y digno de confianza, llamado Wérner, y le envió á Basilea. Al mismo tiempo encargó á un empleado de una casa de banca, que iba á París para asuntos especiales de su profesión, la remisión de una carta á Mr. Fouché para informarle de lo que se pensaba, é invitarle á enviar á Basilea alguno que pudiese entenderse con Mr. Wérner. Así, pues, mientras que en Viena discutían sin lograr ponerse de acuerdo respecto de la nueva declaración que debían publicar, Mr. Wérner salió para Basilea, donde llegó el 1.º de mayo, y donde esperaba á que llegase de París un interlocutor con quien tratar de la misión que le habían confiado.

El empleado de banca portador de la carta de Mr. de Metternich no logró sin trabajo llegar hasta Mr. Fouché, y en los esfuerzos que hizo dejó entrever algo de lo que significaba su presencia en París y de su singular comisión. Mr. de Caulaincourt tuvo noticia de esto, y, con su acostumbrada fidelidad, previno á Napoleón, quien ordenó buscar, prender é interrogar al dependiente, no tardando en saber que se habían entablado ó se hallaban á punto de entablarse comunicaciones entre Mr. Fouché y Mr. de Metternich. Por más que hubiese jurado no ser más lo que había sido anteriormente lográndolo hasta entonces, no pudo menos de sentirse con todo su carácter, con toda su entereza. Vió con su ardiente imaginación mil traiciones ocultas bajo la trama que acababa de descubrir, y cediendo á su carácter tan arrebatado como su genio, pensó por un momento decretar la prisión de Mr. Fouché, apoderarse de sus papeles y denunciar y castigar su perfidia, lo que esperaba hacer con gran aplauso de la Francia, que estimaba muy poco á este ministro, y que sabiendo sus intrigas aprobaría su expiación.

Pero esto no fué más que un arrebato pasajero; Napoleón quiso reflexionar, examinar y decidirse con pleno conocimiento de causa. Mr. Fouché fué á despachar con él, y empleando su imperturbable sangre fría en los campos de batalla, le habló extensa, confidencialmente de los negocios de la Europa, y sobre todo de las intrigas que se practicaban en Viena, á fin de provocar la expansión de su interlocutor, aludiendo todo lo más posible al suceso cuya confesión deseaba obtener. El ministro no comprendió esta táctica, por más que había recibido la carta de Mr. de Metternich, y, en vez de desarmar á su soberano con una confianza sincera, persistió en callar. Más de una vez estuvo Napoleón próximo á desatar su cólera, pero se contuvo, no dijo nada más y despidió á Mr. Fouché, sin que se apercibiera de la clase de examen que acababa de sufrir. Napoleón pensó que el medio más seguro de descubrir el secreto de esta trama, cuya perfidia se abultaba, era enviar acto continuo á Basilea un hombre de toda confianza, que pudiese darse á conocer aprovechando los descubrimientos hechos y hablar con Mr. Wérner para sorprender de este modo la intriga en su origen. Eligió para encargarle de esta misión al joven auditor que fué á buscarle á la isla de Elba, y cuya destreza y valor había recompensado agregándole á su gabinete, á Mr. Fleury de Chaboulón. Le llamó, le trazó la conducta que debía observar, y le dió órdenes para las autoridades de la frontera, á fin de que no permitiesen pasar á nadie más que á él, y de que el verdadero agente de Mr. Fouché, si Mr. Fouché enviaba alguno, fuese arrestado, viéndose en la imposibilidad de llenar su cometido.

Mr. Fleury de Chaboulón partió inmediatamente. Al llegar á la frontera, comunicó á las autoridades las órdenes convenidas, pasó solo, encontró á Mr. Wérner en Basilea, y comenzó á desempeñar con gran destreza su papel. Mr. Wérner, completamente engañado, le confió con la mayor sencillez la misión que lo había llevado á Basilea. Mr. Fleury de Chaboulón pudo convencerse desde luego de que lo que se llamaba la trama urdida por Mr. Fouché era muy reciente y de que estaba en sus principios; de que, por consiguiente, no había precedido ninguna otra comunicación á la que había sido sorpren-